

IN MEMORIAM.
ILMO. SR. D. JOSÉ MIGUEL DIEGO GÓMEZ

*

Alberto Gómez Alonso
Académico numerario de la RAMSA

Sr. Presidente

Estimados Sras y Sres Académicos.

Muchas gracias por haberme encargado el honroso papel de recordar a nuestro querido académico y amigo Ilmo. Sr. José Miguel Diego Gómez.

Al glosar su personalidad, quiero destacar el espíritu humanista que impregnó su vida y su obra. Su singladura estuvo condicionada por sus orígenes, sus etapas y sus programas formativos como médico, docente y académico, pero, sobre todo, por su entusiasmo y empeño constante por promover actividades culturales y sociales, especialmente cuando estuvo al frente de sociedades científicas e instituciones.

Cuando hablamos del humanismo de nuestro académico, nos referimos no solo a la filantropía que sugiere la palabra, sino también a algo más profundo que tiene que ver con el ser humano como persona. Esta, mediante sus potencias y posibilidades, aspira a su bienestar (individual, familiar y social), en libertad y autonomía, y a perfeccionarse a través de la educación para conseguir el saber y, en definitiva, la utopía de la verdad.

Este programa antropocentrista, no solo lo hizo compatible con el ámbito sobrenatural sino que su condición de católico comprometido presidió toda su trayectoria vital. Exigente compatibilización puesto que el Humanismo, pudiéramos decir “ortodoxo”, elude el mundo sobrenatural y el pensamiento teocentrista que dominó el medioevo.

El contenido y el espíritu del humanismo al que nos referimos es ,sobre todo (filosófica y culturalmente), una forma de

ser y de actuar del ser humano en la que destacan las cualidades de: comprensión, tolerancia, generosidad, compasión, deseo de compartir, de educar y de perfección.

En este desiderátum, en el que la ciencia y la técnica avanzan vertiginosamente, se llega a un límite donde se agota la evidencia y comienza el misterio, donde la pregunta se diluye en la reverencia, que en el caso del Dr. Diego entraba en el ámbito de la trascendencia y en el de su profunda fe religiosa con una solidez y estabilidad comparables al rico románico de su querida Zamora.

Esta actitud le puso a salvo en los tiempos actuales de cambios y convulsiones en los que las hipótesis y las ficciones se convierten en sorprendentes realidades, tanto, que la propia esencia del ser humano parece tambalearse. A la ampliación inmensa del espacio exterior, se une una conmoción en el recóndito ámbito del alma y de la conciencia. Las normas y los principios tradicionales que parecían inamovibles, se relativizan, y el vivir y el pensar se rodean de dudas e incertidumbres.

Los permanentes logros científicotécnicos (Inteligencia artificial, ciberespacio, fusión máquina-persona, el mundo cuántico, el transhumanismo, etcétera) hacen que la humanidad se vea desbordada y corra hacia metas catalogadas de misteriosas.

La tiranía racionalista y la confianza en el “nuevo hombre”, que pretende ser el centro del universo, quieren asumir con una “nueva religión” el ámbito sobrenatural que en el pasado iluminaba el devenir de la historia en nuestro mundo occidental. Este cambio de época (que podría compararse con el del humanismo renacentista de los siglos XV y XVI), exige adaptaciones difícilmente asimilables y que provocan desasosiego, miedos e impaciencia, sobre todo, en aquellas personas con espíritus más sensibles.

Para este momento de nuestra historia, se precisan actitudes y conductas de personas excepcionales, como fueron las de nuestro estimado académico. Con este bagaje de autorrealización y de exigencia individual, se pueden además iniciar, con mente abierta, los nuevos caminos de la ciencia y de la técnica, al tiempo que con equilibrado espíritu crítico se incorpora lo verdaderamente valioso

* * *

Veamos cómo practicó el humanismo a lo largo de su vida:

En la infancia, que transcurrió en el medio rural, vivió con su familia los nobles valores de la prudencia, generosidad, tesón, entusiasmo, reflexión y sentido de la responsabilidad. Con este bagaje, y ya con el título de Maestro Nacional, cursó brillantemente los estudios de Medicina en esta Universidad cumpliendo con el deber de aprender, primero, y de atender, después, a las exigencias académicas para mantener las becas de la Diputación de Zamora y del Ministerio de Educación.

Por sus cualidades humanas de generosidad y destacado compañerismo, se hizo merecedor del prestigioso “Premio Cañizo”, mediante votación de sus compañeros de curso.

Por el interés y persistencia en sus propósitos fué admitido como Alumno Interno en la Cátedra de Medicina Interna , puesto que corroboró después, mediante la oposición correspondiente. Así mismo, y ya como postgraduado, obtuvo, merecidamente, diversos puestos de médico en instituciones y centros sanitarios. Nuevas metas conseguidas por su deseo de aprender y perfeccionarse; y con este espíritu de ampliar conocimientos y conocer otros ambientes hospitalarios, visitó numerosos centros nacionales y extranjeros de gran prestigio como fuentes genuinas en su proyecto de completar su formación. Su clara vocación de humanista quedó certificada cuando asistió a la Clínica de su maestro el prestigioso Dr. Gregorio Marañón, ejemplo paradigmático de médico humanista y de hombre de amplia

cultura. Con mucha frecuencia, y con la gratitud de un discípulo aventajado, el Dr. Diego citaba a su maestro con respeto casi reverencial.

Siempre con el deseo de aprender y de investigar, compatibilizó su labor clínica con el trabajo de laboratorio, por entender que de esta forma podría tratar de forma integral al hombre enfermo como sujeto de actuación en toda su realidad individual, familiar y social. Prueba de ello, fué el trabajo de su tesis doctoral que versó sobre interesantes aspectos en el mundo de las hormonas y de los enzimas en diversos órganos. Tratar y cuidar al ser humano con la dedicación, el estudio de la enfermedad, la entrega generosa, la compasión y siempre el consuelo, constituyeron su código de actuación.

Con admirable sentido del deber de enseñar y de educar, profesó y dirigió cursos simposios y reuniones que fueron excelentes actualizaciones científicas y también recordadas “semanas de divulgación” muchas de ellas relacionadas con la diabetes mellitus, una patología de especial dedicación en su actividad profesional.

Aprender, enseñar, educar con dedicación para beneficiar al ser humano constituyen claras manifestaciones de su humanismo que fué merecedor de premios y distinciones. Como hombre cabal y honesto persiguió el bien común desde su natural clasicismo animado por el aliento juvenil hacia nuevas empresas y proyectos. Con independencia y libertad de pensamiento, con nuevas ideas y un entusiasmo contagioso. Todo ello forjó una extraordinaria personalidad que fué retratada literariamente de manera magistral por José Navarro, esforzado guardián de nuestro patrimonio artístico.

Mención especial merece la vinculación con nuestra Academia ya desde su incorporación como Académico correspondiente y más tarde como Académico numerario. Su discurso de ingreso (El pasado en la diabetes mellitus. Realidades

y perspectivas terapéuticas futuras) fué una excelente “pieza humanística”. Por las particularidades de esta enfermedad y su apasionante historia, quedó, una vez más, patente la centralidad del hombre enfermo en su variada realidad existencial. Con un lenguaje impecable, de buen humanista, expuso las características etiopatogénicas, fisiopatológicas y clínicas de este trastorno metabólico de tanta importancia por su frecuencia y repercusiones personales y sociales. Con los últimos avances científicos, dejó abierto el panorama esperanzador de nuevas terapéuticas para esta polimorfa y politópica enfermedad.

La colaboración con la RAMSA del Dr. Diego Gómez fue destacable tanto por su regularidad como por la eficiencia y calidad de las intervenciones múltiples en formato de Cursos, “semanas” y ponencias.

*

*

*

Finalmente, quiero referirme al ámbito íntimo y personal de mi querido amigo José Miguel y compartir parte de las últimas conversaciones telefónicas que mantuve con él tras el fallecimiento de su esposa. Y es que más allá del esfuerzo y los logros, creo que es en la adversidad cuando de verdad emerge la esencia de la persona.

Eran momentos trascendentales por la pérdida de la persona que compartió su vida como ejemplar esposa y compañera. Con la habitual profundidad de su voz, me expresaba emocionados sentimientos de dolor y de ausencia que yo procuraba compartir sabiendo que era una pretensión insuficiente...

Hablamos, en animado diálogo de nuestros recuerdos personales y familiares pues la amistad venía de largo en la persona de mi padre. Después, con la elocuencia y expresividad de sus palabras la conversación derivó en un monólogo en el que me sorprendieron la claridad de sus palabras, la profundidad de

sus ideas, lo certero de sus comentarios relacionados con nuestra profesión y con su trayectoria vital.

A veces, con la voz entrecortada por la emoción, hacía referencia a sus principios a los valores trascendentes de sus sólidas convicciones religiosas que, reconocía, como firmes asideros en sus momentos de dudas e incertidumbres y, especialmente, en los que estaba atravesando. Tuve la impresión que estaba relatando, en apretada síntesis, su biografía, su admirable trayectoria personal, desde la soledad de su celda. Había trasladado su residencia a la austera habitación de una institución eclesiástica zamorana. Me he replegado -decía- a mi soledad y recitaba los conocidos versos de Lope de Vega:

"A mis soledades voy
de mis soledades vengo,
porque para estar conmigo
me bastan mis pensamientos"

Pensamientos que, en imaginarios y altos vuelos, recorrerían sobre nuestras tierras , en admirable periplo, los aconteceres y las vicisitudes de una existencia ejemplar. Y allí, en lo alto de los límpidos cielos, los recuerdos y las vivencias, en misteriosa amalgama, convivirían con la historia y el arte como sólidos pilares de lo que somos.

Finalmente, quiero transcribir, a modo de resumen, algunas palabras que formaron parte del excelente retrato literario de José Miguel que he citado más arriba.

Superación y realización personal; firmes convicciones; autorrealización; autonomía con las seguridades y certezas; vista universal; intensidad reverencial; saber plenificante; aportación cultural irrenunciable; reafirmación de la libertad y de la dignidad de la persona; servicio incondicional al bien común; sin cabida para el relativismo.

Y todo ello en una personalidad dinámica, de juicios meditados, ajeno a la prisa y amigo de los espacios de silencio, adicto a la armonía y a la verdad. Es decir a lo más noble del Humanismo.

En nombre de la RAMSA, nuestro sentido recuerdo, con el sincero agradecimiento, al Ilmo. Sr. D. José Miguel Diego Gómez, quien contribuyó brillantemente al prestigio de nuestra Institución y en la que, con Honor y Gloria, forma ya parte de su historia.

D.E.P.